

Obra sin título

Jon Montana

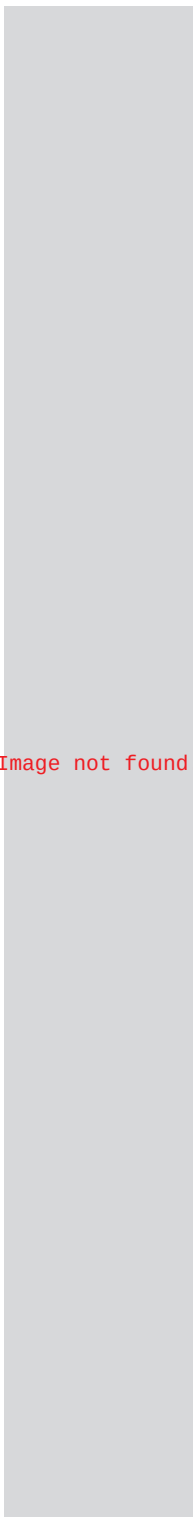


Image not found.

Capítulo 1

Había estado lloviendo desde la mañana ese día en el que de alguna forma realmente empezó todo. Había logrado mantener algunas cosas a flote en los últimos meses, era el paso final. Los grados estaban a una vuelta de la esquina. Podría escapar del claustro que me atosigaba todos los días desde las cinco y media de la mañana. Aunque tampoco era muy esperanzador, vivía en una cárcel aún más grande que ese mismo colegio. Me distraje como ritual en los últimos meses en la silla vacía que estaba a mi lado y me preguntaba enserio porque no quitaban de una vez esa silla que ya no ocupaba nadie, su simple estancia en el aula era un tormento, era la recordadora de lo que un día estuvo y ya no está. La lluvia empezó a hacerse más fuerte contra la ventana y yo seguía cavilando en mis pensamientos cuando de la nada un zasca. Monseñor Martínez, el rector del colegio le había pegado un reglazo a mi mesa, y me miraba a lo alto de esos viejos lentes de metal. El viejo era la entera definición de la ubicuidad, no había nada que uno pudiera hacer sin que el desgraciado se enterara. Dictaba las clases de religión, ética y filosofía. Y por supuesto lo tomaba con más seriedad de la que cualquiera de nosotros pensaba que merecía.

- ¿En dónde está usted ahora señor Ortiz?

Me inquirió el viejo, cogiendo de manera firme y amenazadora la regla

- Disculpe señor, me distraje por un segundo

- Eso veo, y veo que mirando una simple silla es bastante feliz usted ¿No? Hágame el favor de ir a mi oficina después de clase.

Y la mañana se fue así nomas, volando conmigo metido e esa silla vacía que seguía ahí, al lado de la mía atormentado por el simple hecho de no poder quitarla de allí.

Al final del día fui a la oficina de Monseñor como tenía que hacerlo, era una pesadilla porque si el sermón se extendía más de cinco minutos perdería el transporte a casa, tendría que salir caminando del colegio, que hacia también las veces de seminario al menos unos diez minutos por la malgastada carretera llena de piedra y esperar a el bus que pasa por allí y que no exagero si les digo que pasa cada hora.

Entre en el despacho de Monseñor por segunda vez en mi vida, la primera había sido cuando nos pillo a Ernesto y a mí con un libro de Hemingway en las manos. Enloqueció el viejo cuando encontró el libro, incluso llamo a su superior y el problema desemboco en nuestras casas. A los padres de Ernesto les importo un carajo, lastimosamente no puedo decir lo mismo de los míos, los míos comparten los pensamientos de Monseñor

Martínez en los que solo es apropiado leer la sagrada biblia y unos cuantos tomos más que son de lo mismo. Los libros de personas como Hemingway, Bukowski, Dan Brown, Fernando Vallejo solo merecían arder, y nada más. Eso que ni hablar de la música, absolutamente todo es blasfemo sobre todo si lo traen los ingleses. Alguna vez en clase Monseñor nos compartió que estaba totalmente en desacuerdo con que leyéramos a García Márquez para la clase de español pues en sus propias palabras él no era más que un maldito comunista al que le salió una obra sobrevalorada una vez y la gente enloqueció a comprarla, y nos ponía como manual de vida El Alquimista de Paulo Coelho pues el sí merecía realmente ganar un premio Nobel. Tuve que mandarle la mano a la boca a Ernesto que estaba sentado al lado mio antes de que le mandara un insulto bien merecido al viejo ese.

Al final me senté en el ornamentado despacho que estaba repleto de figuras religiosas, luego de citarme unos versos de la biblia Monseñor Martínez me dio un largo sermón sobre la disciplina en su época como estudiante y como eran golpeados los estudiantes irreverentes en su época - ¿Irreverente yo? irreverente era Hitler viejo infeliz - Pero aun así la disciplina de la que hablaba tanto el profesor yo ya la recibía en casa de mano de mi padre. El sermón continuo manifestando que si no fuera porque seguía siendo el mejor de la clase temería tener que llamar a una junta de padres, sin importar lo cerca que estaba los grados y así no más finalizo la charla.

Salí al patio después maldiciendo mi suerte por haber perdido el transporte. He dejado los modales a parte, discúlpenme. Me llamo Alonso, Alonso Ortiz y tengo 17 años, la semana que viene me graduó del colegio Salesiano Pedro, vivo en el centro de Rionegro, en una casa en un segundo piso con mis dos padres, católicos devotos y conservadores. Mi padre espera que use mi beca universitaria para estudiar negocios o administración, una carrera que de dinero en este país, mi madre solamente dice y hace lo que mi padre decida, no le he oído una sola idea autentica a la mujer jamás. Yo por mi parte soy todo lo contrario a ellos, a ellos y a mis compañeros del colegio. Bueno en unas cosas, porque aunque piense diferente imito el mismo comportamiento de agachar la cabeza a todo lo que se me diga y pongo el otro cachete si es necesario. Ósea que a simple vista soy uno más de ellos, sin voz, sin jerarquía y sin carácter. Si mi padre espera que use la beca de una forma, evidentemente así será como lo hare.

Aunque me vea como uno de ellos, nunca lo fui. Siempre cavile solo en mis pensamientos y en mi negación, soy un tipo tímido. Hace tres años llego Ernesto entonces a mi vida, entro al colegio porque habían trasladado a su papa de ciudad. El padre de Ernesto era analista de sistemas para la aerolínea más antigua de Sudamérica. Mi padre es un banquero que trabaja a seis cuadras de mi casa. La madre de Ernesto era la heredera de una gran multinacional, no trabajaba en ninguna parte y

estaba de viaje todo el tiempo. Mi madre trabaja en la alcaldía, es la secretaria de un señor gordo que no recuerdo que cargo tiene pero una vez al año a una cena en nuestra casa. Por otro lado Ernesto podía hacer lo que quería, podía leer los libros que quisiera, escuchar la música que quisiera, ver las películas que quisiera y todo lo que siga esa línea de ideas. A pesar de ser una familia de dinero nunca fueron ostentosos ellos, tenían una casa normal, no era demasiado grande, su carro era un auto que se podría decir de clase media y mercaban las frutas en la plaza como todos. Ernesto y yo nos volvimos amigos de inmediato, me quedo claro que él no quería ser amigo de los demás en el fondo, eran sus compañeros y todo pero no era con quienes compartía sus pensamientos. Fue por el que supe cómo era la vida más allá del colegio, quien me dio todos los libros de estos diferentes autores que miraban la vida más allá y se dedicaban a dejar vivir a sus personajes. Su ídolo era Andrés Caicedo. Y como era el ídolo de Ernesto pues era el mío también.

Dos horas después me encontré en mi casa a solas, nadie llegaba aun del trabajo y eso era lo que más me gustaba del día, el momento en el que no había nadie cerca para decirme que hacer, porque sabía que siempre haría lo que me dijeran mis superiores. Pero había salido al menos de una cárcel, de la que me había sacado Ernesto, la cárcel del pensamiento. Yo si sabía que lo que mis padres y maestros aceptaban tapándose los ojos era toda mentira, hubiera querido marchar contra los pederastas, pero sería una traición para mis padres. H hubiera querido apoyar a los paros estudiantiles, pero mis padres defendían el gobierno actual. Y aunque no podía hacer nada, esta vez sí podía pensar yo solo. Yo sabía que los libros que debía leer según los demás eran pésimos. Es que yo soy muy trágico, a mí me encanta todo lo que los demás odian, yo amo a Kafka suelto buscándole problemas a todo, o los autores que me hablan de los celos, de las pasiones, de la violencia. Eso sí es real, eso sí es la vida y no es que yo quiera vivirlo así. Pero es que hay problemas muy duros. La verdad uno tiene que ser un ignorante para seguir vivo porque todo en el fondo deprime.

2.

El día se fue y consigo la semana también. Los fines de semana trabajaba en una pizzería, tenía todo el dinero ahorrado planeando comprar un telescopio que había visto hacia unos años en un centro comercial. El trabajo era agitado pero era bueno. Mi jefa, una rubia ya entrada en años era una mujer bastante simpática y sobre todo tenía un gran gusto música. Había conseguido hacía dos años el trabajo con ayuda de Ernesto que para ese entonces con quince años ya se estaba ligando a una de las meseras del lugar y fue quien pujo realmente para que yo entrara. El sábado temprano estábamos todos en fila después de una ceremonia que se me hizo había tardado toda la vida esperando recibir el diploma. Abajo de la tarima podía ver como todos los padres murmuraban cosas sobre quienes estaban recibiendo los diplomas como lo que había pasado diez

años atrás cuando Manolo, el gordo de la promoción se había intoxicado en la excursión al jardín botánico y había dejado lleno de vomito el auto bus del viaje. Hasta que llego mi momento, con micrófono en mano Monseñor Martínez le recordó a todos que había ganado una beca como mejor bachiller a lo que mis padres aplaudieron más fuerte que los otros y miraban a los lados dejando en claro que por lastima para mí, ellos eran mis padres. Me estrecho la mano y me entrego dos diplomas a lo que no entendí y me dio un empujón en la espalda para que bajara rápido, alcance a ver una sonrisa pícara en su rostro pero no entendí muy bien porque hasta que me senté en mi silla, tenía el diploma de Ernesto en mis manos, era para mí. A lo mejor el viejo ese no era tan malo. Un día Ernesto me dijo que no había forma de que él le diera la mano a un sacerdote, ni siquiera si este le fuera a entregar el diploma. El motivo era que para él los sacerdotes no eran más que maquinas masturbadoras imparables y que no estaba dispuesto a tocar indirectamente la polla de nadie que fuera tan enfermo. Yo no tuve más opción que reírme, Ernesto solía exagerar todo, además de ser un enfermo cuando se trataba de gérmenes. Lo digo en serio.

Después de la ceremonia hicieron un brindis y todo el procedimiento de cosas que la verdad carecía totalmente de interés para mí, no veía la hora de irme a la pizzería. Lejos de los chismes y las habladurías de todos los padres e hijos que estaban allí reunidos debatiéndose que era lo que para ellos sería mejor para el país, para sus hijos y para el mundo. Nadie les pidió nunca la opinión pero les encantaba compartirla. Ernesto les habría querido callar la boca a todos. Una vez estábamos sentados viendo a unos tipos hacer trucos en sus patinetas y alguien que estaba sentado con nosotros soltó lo mucho que hubiera querido nacer en cualquier país de Europa a lo que Ernesto se paró y le miro con furia

- Envidia a Europa, pero envidiar ¿qué? Si muy bonita y todo la arquitectura y los museos pero uno no tiene por qué andar envidiando los edificios, las casas o carros. O aspirar a tenerlos como otros tienen sus cosas. Los ídolos de uno no deben serlo por lo que tienen de cosas o seguidores y uno crea que eso sea bueno. Uno debe admirar perspectivas de vida, aspirar a educarse para abrir los ojos de esta maldita sociedad.

Ya está borracho dijo uno de los muchachos que nos acompañaba, y en efecto era cierto. Ernesto se emborrachaba desde los 15 años. Y entonces nos decía a todos: ¿Que más es la vida? sino una sucesión de vergüenzas atenuantes que uno aprende a evocar con el licor. Pero aunque estuviera borracho o no, si alguien soltaba una idea sobre mejores lugares él siempre le soltaba una furia y le decía que si no le gustaba esta tierra pues que mejor se abrieriera.

El domingo temprano me levantaron mis padres y nos arreglamos para asistir a la última misa del año en el colegio y con suerte sería la última a la que iría yo. Monseñor Martínez le dio especial ceremonia a la despedida

y se dio un minuto de silencio en honor a la familia Fernández que hacía tres meses había fallecido en un accidente de auto, tomándose la vida de Ernesto y sus padres. Me sorprendió la devoción que la mayoría de personas le dio al minuto, no era ningún secreto que la familia Fernández no era bien recibida en el círculo de los padres de familia de la escuela y mucho menos de sus profesores, por no decir que Ernesto se le había declarado ateo al rector en la primera clase de religión que vio, y le recordó a Monseñor las cuarenta y un millones de persona que había asesinado la iglesia en las cruzadas. Cosa que por cierto Monseñor nunca se atrevió a enseñarnos en clase. Me di cuenta varios minutos después que una lágrima caía sobre mi rostro y mi madre me miraba con absoluta incredulidad. No terminaba de aceptar que su hijo y el declarado ateo que a su vez era el hijo de los libertinos del pueblo hubieran hecho tan estrecha amistad. Yo no me atreví a decirle que tenía el diploma honorífico de Ernesto hasta que varios días después lo encontré escondido en mi closet.

Me di cuenta a la salida que no solo yo había estado llorando. La hermana de Manolo, Clara Serna también había estado llorando. Ella no me conocía pero yo si sabía de ella. Todos nos derretíamos por la rubia hermana de Manolo que había salido de un colegio de monjas dos años atrás, apenas y salió y ya era otra persona, con tatuajes y piercings en las orejas y en la nariz. Todos los del salón habíamos estado fantaseando con ella por años, esperábamos todos en la puerta del colegio a que la madre de Manolo llegara a recogerlo y trajera en la silla de atrás a Clara con el cabello dorado brillando por la solana que siempre le acompañaba a ella. Todos menos Ernesto, era de esperar. Todo lo que nosotros queríamos él se animaba a cogerlo y ella no fue la excepción, nada se le iba a escapar nunca a él. No le importo que ella le llevara dos años de ventaja, y tampoco le importo el novio de ella que de un solo puño abría dormido a Ernesto, porque eso sí, Ernesto era un cobarde, le huía siempre a todos los problemas, era el tipo al que le perdonabas lo que fuera sin saber porque, por qué siempre encontraba la forma de dejarte tirado en algún hueco con tal de irse detrás de una muchacha, era el tipo que nunca estaba cuando lo necesitabas y aun así todo el mundo decía que él era un amigo de verdad, además de eso tenía la increíble capacidad de andar siempre sin un solo peso en el bolsillo. Nunca puso un solo peso para una salida, nunca dio nada para el trago que tomaba en las fiestas con los demás pero era el que más se emborrachaba. Se vio durante dos años con Clara Serna en el apartamento de un tío de ella que siempre estaba en el trabajo. Nunca le contó a nadie de su secreto, ni siquiera a mí. Hasta que un día Clara le hizo un problema por que andaba saliendo con otra mujer y este le hizo saber al novio de Clara todo lo que había estado pasando en los últimos dos años. No lo mataron porque no lo encontraron al sinvergüenza ese que estuvo sin salir de la casa todas las vacaciones de enero. Después solo quedaba una alternativa con respecto a Ernesto, odiarlo por poco hombre o envidiarle porque no cabían dudas de que hacia lo que se le diera la gana. Yo lo envidiaba y estoy seguro de que los que

decían odiarle y sentir lastima por él también lo envidiaban. No éramos más que un grupo de vírgenes en el que varios presumían de faenas con mujeres de otros colegios pero que todos sabíamos que eran mentira, que era paja. Ernesto no tenía que presumir de nada. Todos se habían enterado lo que había hecho el hijo de puta.

Comenzaron las vacaciones pero en mi mente seguía bien latente esa última semana en el colegio mirando la silla vacía contigua a la ventana por la que chorreaban gotas de lluvia con la creciente sensación de que nunca saldría de esa cárcel en la que me encontraba.

3.

El ritmo de las vacaciones siempre había sido bastante plano para mí, trabajaba los fines de semana en la pizzería como era usual y algunos días de la semana cuando me necesitaban. Además me la pasaba buscando cualquier excusa para no estar en la casa. Ese segundo piso en el centro del pueblo que tenía un balcón de madera pintado de azul oscuro. A la entrada de la casa le seguía una sala comedor de gran espacio que era contigua a una cocina abierta con ventana hacia la calle; mi cuarto estaba a la primera puerta a la izquierda y no tenía baño interior por lo que cada noche hacía varios viajes atravesando la casa para ir a orinar. La habitación de mis padres no estaba hasta el fondo del departamento, había que entrar por un pasillo entre la cocina y el patio que tenía una puerta de vidrio corrediza el cual estaba lleno de materas y alguna vez había sido la casa de flash. La tortuga que me regalo un hermano de mi padre que murió hace algunos años por una falla hepática. El tío me la había dado como regalo de mi cumpleaños número ocho. Duro poco más de un año la tortuga con nosotros pues un día volvimos del mercado y la encontramos muerta en la mitad del patio. Seguramente habría encontrado alguna forma de suicidarse la afortunada esa y eso que en ese momento no había llegado los grandes temblores a la casa. Poco tiempo después papa se enteró que mi madre se había estado acostando con un tipo del trabajo que nunca supe bien quien era, y que esta información que les cuento ahora, la supe escuchando una conversación privada entre mi mama y su manicurista pues no fue un tema tratado en casa. Por ese tiempo mi papa andaba borracho casi que todos los días y solo lo veía en mis expediciones al baño en mitad de la noche en las que lo encontraba llorando en el sillón de la sala con una cobija envuelta. No era muy de fiar mi madre a decir verdad, esas personas que nunca dicen nada más de lo que otro les permite decir siempre están tramando algo o escondiendo algún secreto; por mucho tiempo llegue a dudar que mi verdadero progenitor fuera ese hombre que me había criado durante todos esos años, además de que nunca había sentido ninguna empatía por aquel sujeto que estuvo durmiendo durante dos años en la sala de la casa. Fue por la época en la que se arregló con mi madre que termine por aceptar

que era el mi padre biológico, era indudable por los ojos. Esos ojos verdes que tenía mi bisabuelo, mi abuelo y a la vez mi padre y que con resignación tuve que aceptar con los años que era eso lo único que me había dado aquel hombre que en cuestión de unos meses dejó el licor totalmente. Por ese punto ya me sentía yo tan desvinculado de los dos sujetos que compartían el techo conmigo que el día en que cumplí catorce años y mi madre espero hasta que la noche estuviera bien entrada en horas y así mi padre no se enterara como ella se arrastraba hasta mi habitación para poder entonces hacer la confesión que según ella tanto la había atormentado en los años que habían pasado. Era que mi papa tenía otro hijo con otra mujer, y que además de eso tenía mi edad. Lo que debía ser una historia con el ánimo de buscar apoyo mío para esa mujer, no fue más que la confirmación de algo que yo ya sabía desde hacía tiempo. Yo sabía que había alguna razón diferente a la de la mano fuerte conservadora que me daba mi padre para odiarlo con más intensidad todos los días, pero hasta entonces no sabía que era. El hombre había embarazado a las dos mujeres a la vez pero decidió quedarse con mi madre por la mera conveniencia de que mi abuelo materno era el granadillero del pueblo con fincas llenas de cultivo. Fue entonces que la suerte se le fue a mi abuelo y al conveniente de mi padre dos años después de que yo naciera cuando las pestes de granadilleras empezaron a llegar por montones a Urrao, pero la arrogancia de mi abuelo era más y sin temor alguno siguió cultivando y expandiendo su negocio hasta que la peste llego, tal y como sus asesores lo habían predicho dejándolo en total ruina, sin familia por el despilfarro de adultero que había vivido en sus mejores años. Mi padre entonces se consiguió el trabajo en el banco y siguió conmigo y con mi madre. Desde ese momento entendí que las conferencias a las que asistía mi padre una vez al mes no eran más que una excusa para pasar una noche al mes con su otra familia.

Fue por esos días que volví a hablar con el "negro" Emanuel que era principalmente amigo de un primo de Ernesto pero después todos nos volvimos amigos. Por esa época en la que teníamos quince años y teníamos un combo bueno de amigos, cinco hombre y cinco mujeres de un colegio de monjitas entre las que estaba incluida Juliana, una bajita ella quien fue mi primera víctima del amor, mi primera y la última además. Ella le hacia los ojos al primo de Ernesto pero este nunca la miro como nada, estaba interesado otra que no era tan bonita como Antonia pero era la más fácil de todas, a Ernesto lo mataba Antonia, ella podía hacer lo que quisiera con el aquel primerizo Ernesto. Bueno, con él y con todos porque era perfecta. Entonces como nadie le respondió a Juliana me tocó a mí. Y así una vez de la nada en mitad de una fiesta que por las once de la noche en esa época me daba sueño me dijo que la acompañara a comprar unos chicles a la tienda y que yo accedí con los nervios de no saber cómo responder porque el único beso que me habían dado en la vida antes había sido en una fiesta de quince así que no se podía decir que yo tenía mucha practica en el tema. Cuando bajamos las escaleras todos los demás nos miraban con ojos de saber lo que iba a pasar y

Ernesto me picaba el ojo haciendo gestos vulgares con la cintura y la mano. Y entonces paso, nos besamos por una panadería famosa del pueblo buscando techo porque llovía fuerte, fue bueno. Después de eso salí unas dos veces más con Juliana enterándome que además de su cara bonita y besos suaves no conectábamos en nada más y de la nada le deje de hablar. Sin que fuéramos realmente nada me perdí totalmente del mapa y la reacción de ella siguió la línea de mi propio acto extremista, llamándome desde el celular de Ernesto borracha. Y así de corto y con pocos besos fue mi paso por Juliana, que años después se desarrolló con la misma cara angelical y unos más que bonitos y proporcionales pechos, lo que hacía que Ernesto me sacara en cara cada que veíamos una foto de ella lo que me había perdido. Yo me había salido del combo entonces y poco a poco todos nos fuimos separando totalmente.

El "negro" me desatrazo de todo esa tarde que nos encontramos en el parque, recordando los permisos que le sacábamos a mi papas para salir diciendo que me iba a pasar toda la noche estudiando en casa con Ernesto para los exámenes finales. Táctica que utilice hasta que el destino me dejo. Y entonces volvió la amistad entre los dos de la nada. Nos veíamos en la tarde con el combo de siempre pero sin las mujeres de antes, en las pistas de skate, éramos todos los que nos juntábamos en el pasado con Ernesto con el solo animo de ver a los tipos caerse y a las mujeres con por diferentes razones se acercaban al lugar con las botellas de cerveza, cigarrillos o baretos para ambientar el parche como decían. El primo de Ernesto, Andrés seguía igual a como lo recordaba, con melancolía cuando alguien remembraba a su familiar pero con la misma disposición cada vez que se armaba una fiesta a las que yo no asistía, y la capacidad de encontrar la excusa adecuada para emborracharse todo el tiempo, cosa que parecía ser un talento familia.

Fue por la segunda semana de vacaciones que quede con Andrés para encontrarme en las pistas de skate para entregarle un libro que me había prestado, encuentro al que Andrés nunca llevo. A los días me entere que se había perdido por una semana entera en una fiesta con unos caleños que habían llegado al pueblo a ponerle su salsa. En vez de ver a Andrés entonces el planeta se detuvo mientras me tomaba una gaseosa fría en los bancos y pude distinguir por la tremenda solana que estaba haciendo que había algo espectacular e inusual en el ambiente.

Abajo por una de las rampas estaba ahí con ese cabello que solo da la sensación de ver el oro Clara Serna haciéndose unas fotos con lo que parecía un fotógrafo profesional. No era la primera vez que tenía una sesión de esas, yo ya había admirado sus fotos más de una vez en internet y ese día se me estaba dando en vivo. ¿Qué era lo que había pasado en ese año raro? Que había ganado una beca, había trabajado más que nunca, había visitado la oficina de Monseñor con amenazas, había sido el mejor, había buscado mujeres sin éxito, había tenido aventuras por Ernesto, había perdido a mi amigo, y seguía encerrado en

la cárcel. Y la cárcel del pensamiento ¿Qué? ¿Que había con eso? No podía seguir con la timidez, con el miedo a tomar lo que realmente quería, lo que yo buscaba.

Espere a que terminara de hacerse las fotos y me la acerque a la intimidante Clara Serna, a la que había admirado desde que me gustaban las mujeres, a la que había envidiado en su momento a Ernesto y sin saber bien cómo abordarle tire todo por el piso lleno de inseguridad pidiendo disculpas de entrada.

- Perdón, no quiero incomodar

- ¿Incomodar porque? No hay problema

Me respondió al otro lado una voz suave, muy paísa que no hacía más que hacerme perder más en su blanca piel y que me absorbía en hipnosis que ella noto y que seguro no era la primera vez

- ¿Porque no en vez de quedarse ahí callado con esos grandes ojos verdes me invita a una pola? que este calor me está matando y necesito refrescar la garganta como sea.

Nos fuimos para una de las mesas de la cafetería de atrás y pedimos dos cervezas, menos mal que ese día más temprano había ido a la pizzería por la paga del fin de semana pasado porque recientemente había adquirido la mala costumbre de Ernesto de andar sin un peso en el bolsillo, pero es que yo no salía con nadie.

- ¿Y entonces? Vos me estas mirando desde hace rato desde allá arriba, no me digas que vas a perder el impulso y no me vas a decir lo que se te pasa por la cabeza

- No es que no es tan fácil para mí como para ti, porque me intimidas

- ¿Es que me ves muy brusca o qué? A mi antes me tenes hechizada con esas perlas que tenes como ojos

- No brusca no, es que parece que te hubieran sacado de un libro, vos sos la mona

A medida que hablaba con ella me iba llenando más y más de confianza, como si todas las inseguridades que yo cargaba por lo que era, por lo que veía cuando miraba el espejo y esa inexperiencia con las mujeres que solo era cultivada por haber hecho siempre lo que los otros pensaran que era lo mejor para mi fueran absorbidas totalmente por el oro de la mata de pelo que tenía y en lugar de lo que antes había fuera un tipo confiado, como si yo tuviera a mis pies a cuanta mujer quisiera y no me importara nada. Y mientras le contaba quien era para mí la mona y de que libro

parecía ella salida competíamos por quien era el que llevaba el control de la conversación y quien iba a ceder primero a los encantos del otro, encantos que yo antes no tenía y ella en una sonrisa pícaro me había otorgado y yo no me había dado cuenta, pero que ella si se conocía muy bien y sabía mejor que cartas jugar. Porque Clara Serna no era una cara bonita y ya, ella era todo y podía hablar de todo, y también le gustaba casi que todo lo que existía, porque ella ya lo había probado casi que todo, mientras que a mí con una cerveza me temblaban las piernas. Clara sabía de la mona casi tanto o más que yo, y creo todavía que fue ese libro de Andrés Caicedo que la marco tanto como a los demás personas de mi generación que la hizo ser quien era, ese magnetismo que solo era propio de ella. Pero siempre negó haber leído el libro, siempre dijo que no sabía quién era la mona y que no sabía que tanto era el escándalo para que la compararan si ese libro no era tan famoso.

Y los minutos se fueron volando hasta que ella los detuvo, tirándome de vuelta al suelo de un solo empujón porque se tenía que ver con su novio, con esa despedida recordándome lo inalcanzable que era, se paró. Le dije que me llamaba Alonso y me estrecho la mano mientras me decía el nombre de ella y me recordaba que los nombres se debían dar al principio y no a la despedida.

- Pero no se achante, los modales déjeselos a los viejos, conmigo se puede inventar otros usted. Y quien quita si mantiene mucho por acá nos podemos tomar otra cerveza un día de estos ¿no?

- Yo diría que esta es mi oficina

- Entonces la otra semana, a la misma hora. ¿Le parece?

Y yo dije que sí, obviamente sí. A lo que pico en el cachete me dio y se dio la vuelta para salir otra vez a la calle principal y mientras que esa cola rubia se movía de lado a lado con los pasos de ella, yo solamente acataba a pensar que no me iba limpiar la mejilla nunca más.

4.

Así fue como llego lo que para mí fue la semana más larga de mi vida. Mientras que yo seguía idealizando a la mujer que miraba desde hacía años, pero que realmente no conocía, y no sabía nada de ella más de lo que me había confesado Ernesto después del escándalo que protagonizo. Y entre pasaban esos días de eternas veinticuatro horas y yo que me daba cuenta que el reloj era mi enemigo para el resto de la vida, me debatía entre la traición por desear a la mujer que muy seguramente había robado el corazón de Ernesto y mi corazón que pedía para mi esa mujer que yo había visto primero, y además de eso también vivía con la certeza de que no importaba mucho la dualidad que sopesara mi conciencia si al fin y al cabo yo no tenía ninguna oportunidad real con esa mujer. Ese fin

de semana fue que llego a la pizzería cuando ya se había terminado la jornada la mujer que había sido mesera en el lugar antes y me había conseguido el trabajo. Me dijo que sabía que estaba tarde pero que tenía que hablar conmigo. Y como si fuéramos amigos de toda la vida después de hablar un rato de todas las frivolidades de Ernesto, prendió un cigarrillo y me soltó en la cara lo que yo me empeñaba en mantener a flote desde hacía años.

- Tenes que dejar esa envidia por Ernesto disfrazada de admiración y amistad, si no dejas eso te va a comer la cabeza toda la vida pelado, yo sé porque te lo digo

- Yo no tenía envidia de él, él era mi amigo. Yo soy diferente.

- Sos diferente porque no has tenido el valor, mire lo que yo le vine a decir es que deje el miedo de una vez. La envidia suya no es por la plata, ni las cosas, ni las borracheras o los amigos de él. La envidia suya no es que todos quieran estar detrás de usted como lo estaban de Ernesto. Lo que a usted le molestaba es que Ernesto tenía todo eso sin quererlo y sin buscarlo. Que él se iba a jugar con el equipo de futbol del colegio y era el mejor y no le importaba, porque él hacia las cosas porque quería y ya. Y vos con ese aura de inferioridad que te persigue no has podido querer hacer más que sobresalir para parecerle a él sin darte cuenta que eso es todo lo contrario a él. Haga su propia vida, si quiere algo tómelo y ya que eso es lo único que realmente nos enseñó la muerte de Ernesto. Que me tomo a mí, que gozo de todo y después se fue como si nada.

Y así entendí que tenía razón, y que la envidia es inherente a la admiración aunque sea envidia de la buena. Yo no quería lo que el tenía, yo quería tener la capacidad de el para tenerlo todo sin siquiera buscarlo.

Al fin que esa conversación cambio muchas cosas, es que yo ya no me quería perder de lo que deseaba pero como le hacía pues. Tampoco era nada nuevo que yo mismo me hubiera hecho una cárcel fuera de las otras que tenía, y que ese día que le hable a Clara Serna fue la excepción porque después de eso volví a lo mismo, a no saber qué hacer o que querer. Unos meses después fue que encontraron el cuerpo de esa muchacha en una casa vieja, se había ahogado con el vómito en un viaje de heroína y yo sigo pensando que lo que la llevo a eso fue el amor no correspondido de un difunto.

Nosotros seguíamos en el mismo parche, todo lo sano. Una que otra cerveza y hablar caca. Mucha caca porque no había nada más que hacer en ese pueblo donde todo el mundo se enteraba si uno pisaba mal una baldosa. Un día antes del tan anhelado encuentro con Clara Serna sentí como otra vez la confianza que había ganado después de la conversación afuera de la pizzería se desmoronaba otra vez, ni siquiera sabía si la iba a ver y el estómago me rugía de igual manera que cuando nos presentamos

al ejercito los del colegio en los primeros meses del año. Si, ese día trágico en el que a uno le toca desnudarse al lado de los compañeros del colegio y se da cuenta de donde vienen todos los complejos de los compañeros y se desmoronan esos egos altos que no eran más que una farsa, y en los días siguientes es cuando uno ve a los brabucones que tenían hipogonadismo sin salir al descanso a molestar al nerd de gafas culo de botella que se había ganado la fama de tener una tercera pierna. Entonces como estaba muy nervioso pero no era capaz de contarle a ninguno de los parceros que me iba a ver con Clara me dio por probar marihuana porque "el negro" me dijo que me veía muy tenso y que eso me calmaba. Entonces yo le di, porro a la boca y dos caladas profundas que me llenaron la boca de un humo hirviente y me fue a quemar la garganta y a dejar un sabor en los labios y en la lengua de que recién había lamido tierra y mierda. Cuando menos pensé ya estaba tosiendo ahogado pidiendo agua sin entender muy bien como que era lo que había pasado entonces el "negro" me paso el termo y me dijo que no fuera bruto que si era que nunca había fumado y yo le dije que no, pues pa' que me las iba a dar de más marica. Entonces me explicaron como tenía que calar y absorber el humo porque si lo botaba todo no hacía nada. Y después de unas caladas entonces entendí que era lo que tanto decían ellos de que a uno se le embombaba la cabeza, y era que sí. Como si todo ese humo se me chorreara por el cerebro y me saliera por las orejas se me fue toda la noción del tiempo y un minuto paso a ser una hora, y después dos horas parecían haberse ido en un segundo en el que me aterraba la mera idea de pararme porque no sabía si tenía más trabada la mente o el cuerpo, pero la respuesta me vino rápido, bien rápido porque en cuestión de rato me encontré pensando que Ernesto estaba vivo, que Clara era toda mía o que yo era Ernesto y después también comprendí que de alguna forma yo era el dueño del destino de todos y que Ernesto me había traicionado al meterse con Clara que para ese entonces ya en mi mente era mi esposa, y esta confusión dio vueltas y vueltas y vueltas y más vueltas hasta que me llego la fantasía de meterle la cabeza a mi padre en aceite hirviendo para fritar y entonces pude ver como la piel se le iba llenando de llagas y se le ponía de un color rojo vivo que paso a ser rosado y que él, desesperado me golpeaba para que le sacara la cara y yo dele y dele más fuerte hasta que la lengua se le fritara toda y entonces yo se la iba poder servir a mi cuñado Manolo el gordo un día que fuera a la casa. Pero con o sin noción del tiempo ni de la realidad las horas seguían pasando y el efecto de la planta que persistía aunque yo hacía lo posible por batallar contra mi propio cerebro, y se fue la luz del día que me acompañaba dejándome solo a las oscuras de los tentáculos que me abrazaban al banco en el que estaba sentado para que no me fuera nunca más a mi casa. Pero les gane y haciendo todo lo posible por estar lo más compuesto me pare y me despedí de los muchachos que con el fulgor de que yo la había probado se habían drogado también, y lo hicieron tanto que nadie cayó en cuenta que yo me iba a ir en ese estado a mi casa. Pero así y todo sali por el camino a la calle principal atravesando un pasillo infinito de gente que estaba

salioendo del estadio de futbol o del gimnasio que quedaba cerca y qe todos se me quedaban mirando sabiendo muy bien que yo estaba drogado, y yo veia a las señoras comentando y cuchicheando cosas sobre mi sin parar y a cada policia que veia cerca le huia porque sabia que me iba a pillar en medio de esa paranoia cargada de culpa y psicodelia en la que yo pensaba que iba a ver colores y cosas pero nada, solamente estaba atolondrado y con una cantidad de canciones rondando en la cabeza que yo pensaba que me habia inventado. Para cuando me monte en la buseta que iba para el centro y despues de haber estado seguro que el conductor conocia mi secreto porque se me habia quedado mirando despues de montarme un buen rato con el gesto duro en la quijada pero era porque me estaba entregndo la devuelta y yo nada que me daba cuenta, se me habia metido algun existencialista frances en el cuerpo porque en todo el viaje en el que conte cuantas veces doblo a la izquierda el carro y cuantas a la derecha estaba convencido de que la vida no solo no tenia ningun sentido si no que ni siquiera existia. Y cuando llegue al centro con el terror de llegar a mi casa en ese estado y con el estomago que para ese entonces se me habia comido el pancreas o algun otro organo porque era hambre y hambre lo que tenia, se habiaacabado el existencialismo para darle paso a la mera hambre sin sentido porque cuando ya habia comido suficiente parba en la panaderia de la esquina de mi casa seguia teniendo hambre pero queria vomitar a la vez y ese viaje que seguia y parecia tomar mas fuerza conforme las horas pasaban y cada etapa volvia a aparecer como en un circuito cerrado pero algo de razon si tenia el "negro" porque despues me calmo y si que me calmo tanto que casi me quedo dormido en las sillas de plastico blancas de la panaderia y subi a casa a enfrentarme a los monstruos progenitores que al verme entrar no me preguntaron nada y ni se molestaron cuando les dije que estaba enfermo y que me iba a dormir para asi encerrarme en el cuarto y confirmar que en esas vacaciones a lo mejor habian tomado la decision de dejarme tranquilo y hacer algo diferente a nada. Y en esa oscuridad de mi cuarto con las cobijas encima, fantaseaba yo con las letras de las canciones que escuchaba pensando en Clara Serna que no sabia nada de mi, en su mundo oerfecto de belleza, lujos, alcohol y placer pero que alguna vez los planetas se iban a alinear seguramente y me la iba a encontrar sentada en una esquina con abrigos bajo la lluvia cualquier martes y que en ese mundo donde las cosas se apilaban, ella podria llegar a ser mia. Entonces ya no estaria la rivalidad inexistente entre Ernesto y yo solo creada por mi.

.